

## LA IDEA DE LA FELICIDAD EN UNA VIDA FUTURA EN LA ETICA DE ARISTOTELES

Por CARLOS JOSE ROMERO

En su excelente *Cursus Philosophiae ad usum Seminariorum*, el P. Boyer S. J. da el concepto siguiente: "Aristóteles llegó hasta a decir que la felicidad del hombre consiste en el supremo acto del entendimiento, que es el acto de la contemplación de Dios; pero no considera dicho acto sino en esta vida presente" (t. II, *Ethica Generalis*, *Quaestio I*, art. V).

Sin embargo, leyendo atentamente la *Etica* a Nicómaco, encontramos algunos pasajes que no nos permiten dudar de que el filósofo creía en la vida futura, y estaba convencido que la felicidad del sabio, adquirida en la vida presente, había de continuarse en ella; así lo entendió Barthelémy Saint-Hilaire, uno de los mejores traductores y comentaristas modernos. Es cierto que respecto al estado del alma en esa vida futura no se atreve a decir nada, lo que se explica fácilmente por los escasos datos que la sola razón natural podía darle acerca de este punto, que es uno de aquellos en que la filosofía apenas alcanza a vislumbrar un débil rayo de verdad, y en que sólo la revelación sobrenatural puede ilustrarnos suficientemente. Llegó sin embargo Aristóteles a descubrir que la felicidad del hombre consiste en "el acto perfecto de la facultad perfecta", es decir, en aquel acto en que la inteligencia humana llega al conocimiento perfecto del objeto más alto posible, es decir, de Dios. No es creíble que el príncipe de los lógicos, habiendo admitido que este acto llega a dar al hombre la felicidad en esta vida, hubiera desconocido que en una vida futura, en la cual el alma está desligada de la materia, en la que él reconocía una traba para el conocimiento intelectual, no fuera aún más perfecto y beatificante.

En el capítulo X del libro I intenta Aristóteles interpretar una frase atribuida por Herodoto a Solón: que no se puede declarar feliz a

un hombre mientras vive, y que hay que esperar para ello al fin de su existencia. ¿La manera de entender en este lugar esa frase no parece que dé lugar a la creencia en una felicidad futura? Dice: "¿Pues qué? ¿Hay que admitir esta proposición, que nadie puede ser juzgado feliz sino después de su muerte? Ciertamente esto es extraño, sobre todo para nosotros, que colocamos la felicidad en una cierta actividad. No afirmamos que el muerto sea feliz, y no es eso lo que quiere decir Solón; el cual quiere mostrar que no se puede juzgar seguramente feliz a un ser sino en la medida en que se encuentra sustraído para en adelante a los males y reveses de la fortuna. En estas condiciones, hay todavía que discutir este punto. Parece que existieran para el muerto, sin que sea bien sensible á ellos, males y bienes, como para el vivo, a saber: los honores y los desprecios, y entre los hijos, o en general entre los descendientes, la buena conducta o el infortunio... Sería extraño que el muerto también sufriera esos cambios y fuera ya feliz, ya desgraciado, como también sería absurdo que la suerte de los descendientes no tocaran en nada, y ni por un instante, a los padres". (Citamos según la edición griega y traducción francesa de Jean Voilquin, Garnier).

Como se ve, Aristóteles toca aquí la cuestión de si la felicidad se alcanza en la vida futura, pero sin responder a ella directamente, niega que sea ese el sentido de las palabras de Solón. De paso parece admitir la existencia de esa vida futura, pero su pensamiento, como lo advierte el traductor citado en una nota, "es intencionalmente vago". Y esto se debe a que Aristóteles sostiene que la felicidad perfecta debe alcanzarse en esta vida, tesis que sostiene en el mismo capítulo. En efecto, al final, dice:

"¿Hay alguna razón que nos impida declarar feliz al hombre que vive según la virtud perfecta y que está suficientemente provisto de bienes exteriores, y esto no durante un breve momento, sino durante todo el tiempo que viva? Diremos pues que, entre los seres vivos, son felices aquellos a quienes pertenecen y pertenecerán los caracteres que hemos indicado, (virtud y suficiencia de bienes) felices hasta donde puede serlo un hombre".

Es en este punto, sin duda alguna, en el que se encuentra una divergencia mayor entre la ética de Aristóteles y la ética cristiana, que debe a aquella tanto de su sistematización científica. Los filósofos cristianos, desde los tiempos de S. Agustín y de Boecio, sostienen que la felicidad no puede alcanzarse en esta vida, ya que la definición de la felicidad es "la posesión de todo bien con exclusión de todo mal", cosa que

de ninguna manera se podrá lograr en la vida presente. Sin embargo creemos que Aristóteles admite que esa felicidad, alcanzada aquí abajo, se prolongará después de la muerte, y nos fundamos para ello en los textos que vamos a citar.

En el libro I, cap. VII dice: "El bien propio del hombre es la actividad del alma en conformidad con la virtud, y si hay diversas virtudes, según la que es mejor y más cumplida (se refiere a la sabiduría, o conocimiento de los más altos principios). Y esto durante una vida completa. Porque así como una golondrina no hace la primavera, ni tampoco un solo día de sol; asimismo no es un solo día ni un corto intervalo de tiempo lo que hace la felicidad". Reconocemos que en este texto no habla expresamente de la felicidad en la vida futura; pero nos parece que, al exigir como condición de la felicidad perfecta la perpetuidad, admite implícitamente su prolongación en la vida del alma separada del cuerpo; pues de otra manera, ¿cómo podría llamarse felicidad el estado en que se poseyeran en este mundo todos los bienes, si el hombre feliz y bienaventurado, *makários kai eudáimonos*, de que nos habla el filósofo, tuviera suspendida sobre su cabeza la amenaza inevitable de perderlos? ¿No sería ya esto sólo un mal tan grande que impediría el goce tranquilo de la felicidad, y esto no es en sí mismo una contradicción?

Además, en el cap. XI del mismo libro vuelve sobre la dificultad que había dejado sin solucionar plenamente en el anterior, y nos parece que le da una solución más directa. Se pregunta si el estado de los hombres que han llegado a la felicidad puede ser modificado por los golpes de la suerte que tocan a los descendientes y a los amigos. Y después de explicar que esas peripecias afectan de diversas maneras a los vivos y a los muertos, concluye:

"Es más difícil discernir si los difuntos tienen alguna participación en los bienes o en los males de este mundo. En efecto, se puede pensar acerca de esto que, si alguna impresión viene a tocarlos, sea en bien, sea en mal, ésta no puede ser sino débil y ligera, sea en sí misma, sea por relación a ellos; en todo caso no puede al menos ser de una intensidad y de una naturaleza suficientes para dar la felicidad a los que no gozan de ella, ni privar de la felicidad a los que la poseen. Parece pues que si los éxitos y reveses afectan en alguna medida a los difuntos, no puede ser sino en una medida demasiado débil para hacer menos felices a los felices, o para cambiar en algo su suerte".

Creemos que de este conjunto de texto, y muy especialmente del

último, se puede concluir que Aristóteles admitía que la felicidad que según su teoría, contradicha por la filosofía cristiana, se puede alcanzar en esta vida, se prolongará en la vida futura. De esta vida futura no nos dice nada, pues la sola razón natural, si bien reconoce su existencia, ignora del todo sus condiciones y características, salvo el hecho de que los que en este mundo hubieran alcanzado el Sumo Bien, (perfectamente, según el Estagirita, imperfectamente y apenas de una manera incohada, según los filósofos que en este punto han filosofado más exactamente), lo alcanzarán entonces en su plenitud y ya sin peligro de perderlo. Claro está que nuestra interpretación tiene valor dentro de la interpretación general dada por S. Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino a la antropología de Aristóteles, quien, según ellos, admitía la existencia de una alma espiritual individual y propia para cada uno de los hombres, pero no dentro de la interpretación dada por los averroístas, y combatida ardentemente por Santo Tomás, según la cual el alma espiritual o entendimiento agente es una sola para toda la humanidad. Creemos sin embargo que, a pesar de ciertos críticos modernos que han tratado de revivir la interpretación averroísta, muchos textos, como el último de los que hemos citado, la contradicen plenamente, y nos hacen comprender mejor la genuina mente del filósofo de Estagira.

CARLOS JOSE ROMERO, presbítero.  
*Catedrático de Ética en este Colegio Mayor.*